

## LA EXPRESIÓN DEL NIÑO Y LA CREACIÓN MUSICAL

*Edgar Puentes*

COORDINADOR DE CONCIERTOS DIDÁCTICOS ORQUESTA FILARMÓNICA DE BOGOTÁ

La música y el hombre se relacionan todo el tiempo. El sonido nos ha acompañado desde tiempos inmemoriales y ha contribuido al desarrollo social y del lenguaje. El desarrollo de muchas de las actividades cerebrales se origina y se relaciona con las actividades de tipo no formal, entre ellas el arte. La música, como lo anotó Pierre Shaffer en su libro *El espacio sonoro*, de manera constante se involucra con procesos cerebrales directamente relacionados con el lenguaje y la percepción. La posibilidad de escuchar, interpretar y componer música, trasciende al hecho, y se relaciona con muchos otros aspectos: procesos de coordinación motriz, procesos lógicos y matemáticos, procesos relacionados con el lenguaje y la comunicación, entre otros. Estos aspectos involucran a nuestro ser inconsciente. Sin embargo, en el ámbito consciente los procesos musicales permiten una nueva visión y una nueva perspectiva dentro de los procesos creativos y de aplicación.

Desarrollar un programa de conciertos didácticos dirigidos a niños de diversas edades, propone una nueva perspectiva tanto en el ámbito consciente como inconsciente, donde la música se convierte en un sistema catalizador y guiador en una multiplicidad de procesos.

La Orquesta Filarmónica de Bogotá ha desarrollado esta actividad por 25 años, acumulando presentaciones en diversas

localidades y escenarios con niños de diversas edades, obteniendo maravillosas experiencias en cada una.

¿Cómo plantear una actividad artística con éxito y sentido?  
¿Cómo obtener en nuestros conciertos el mejor resultado en términos de motivación en los niños y jóvenes?

En las palabras de Whitman: *“Si pudiera retroceder en el tiempo, si pudiera mirar nuevamente al pasado... sería niño, jugaría a la pelota, contemplaría amaneceres y atardeceres con la magia del corazón. Si pudiera volver a ser niño, si pudiera volver atrás volaría como las aves, escalaría las más altas montañas, trataría con caballeros y dragones... sencillamente repito: volvería a ser niño”*.

Antes de hablar sobre proyectos, estrategias metodológicas, formas de pensamiento, herramientas, fines u objetivos debería existir un cuestionamiento, tal vez una pregunta: Nuestra actitud... ¿cuál es nuestra actitud? En un proceso de tipo educativo, qué es más importante: ¿el proyecto o nuestra actitud ante el proyecto?

No podemos desconocer la importancia de todos los factores que acompañan una actividad educativa. Sin embargo, mientras el punto de partida sea incorrecto, mientras la actitud sea inapropiada, de nada servirá nuestro proyecto. Podremos utilizar mil estrategias, mil metodologías, enmarcarnos en las más novedosas propuestas pedagógicas, y el resultado será siempre el mismo: el fracaso. ¿Por qué es tan importante la actitud?... ¿Por qué antes de pensar en los niños o en las personas involucradas en nuestra actividad, es importante pensar en nosotros mismos? ¿Qué ocurriría si descubriéramos que en nuestro proyecto educativo el problema nunca ha estado fuera, nunca ha dependido de factores

externos: los niños, las condiciones, los materiales, el entorno físico, la situación social? ¿Qué pasaría si descubriéramos que el problema siempre ha estado dentro de nosotros, en nuestra actitud?

Hablar de la actitud no se limita a un proceso de clase o a un trabajo educativo; hablar de actitud se refiere a nuestra vida, a la manera como abordamos todos los procesos individuales o sociales; es hablar de la manera como nos relacionamos con los demás, de nuestras relaciones más lejanas y también de las más íntimas. Cuando proyectamos nuestra vida pensando en ella como un hecho ajeno a nosotros mismos, ajeno a nuestro entorno y a nuestra propia realidad, sin darnos cuenta nos convertimos en coprotagonistas de la vida; es allí donde los acontecimientos, las situaciones diarias... *nuestra vida*, comienza a regirse por el destino, el horóscopo, el lado izquierdo de la cama, las condiciones climáticas. Todos los hechos que nos rodean se convierten en motivo de cambio y de vida... Sin embargo, nuestra decisión, nuestra capacidad de alterar el presente y el futuro, nuestra capacidad para controlar la vida y para crear, para hacer milagros en cada instante de nuestra vida, deja de existir... Y es así como los milagros se convierten en eso, en algo mítico e imposible, cuando sin darnos cuenta están al alcance de nuestra mano; están allí, dependiendo solamente de nuestra decisión.

Lograr el éxito en nuestro salón de clase es mucho menos que un milagro. El éxito es algo natural en nuestra vida, pero nuestra cultura, nuestra educación nos han enseñado lo contrario y a diario nos enfrentan al fracaso. Así, sin darnos cuenta, jugamos todo el tiempo un juego que tiene un solo resultado: perder. Desconfiamos de nuestra capacidad, de nuestra intuición, de la naturalidad de nuestro corazón, aquella que muchas veces da respuesta inmediata a las necesidades presentes en nuestra clase.

Por esto, cuando desarrollamos un plan rígido, cuando decidimos de antemano el resultado, cuando elaboramos una estrategia delineada, cuando necesitamos de múltiples factores para llevar a término nuestra actividad, somos mucho más propensos al fracaso.



El mejor ejemplo de esta introducción es la experiencia que en muchas ocasiones hemos desarrollado con la orquesta. Miremos al pasado: los primeros conciertos se elaboraban sobre un programa completamente esquemático. Existía un libreto totalmente definido, sin posibilidad de ser modificado, dando especial énfasis a mantener un programa único. No importaba si el lugar era diferente, si los niños no se sentían motivados, si aun el encargado de esta actividad (quien escribe estas notas) no se sentía ligeramente movido a disfrutar del concierto.

Miremos el presente y miremos hacia el futuro. En nuestro último concierto con toda la orquesta, realizamos dos programas diferentes. Uno de ellos sobre *El Moldava* de Bedrich Smetana y el otro sobre *Peer Gynt* de Edvard Grieg. En estos dos conciertos, lo último que importó fue el formalismo. Existía un orden de ideas sobre la forma en que el concierto se desarrollaría. Sin embargo, el guizador de la actividad, el director y los músicos éramos conscientes de la necesidad y la posibilidad de modificar el concierto sobre la actitud de nuestro público: los niños. Fue un éxito rotundo en los múltiples lugares donde la orquesta se presentó, aun en lugares con mala acústica como los parques de Cafam, con asistencia masiva (en uno de los conciertos contamos con la asistencia de más de cuatro mil jóvenes), con problemas de sonido (en uno de los conciertos, con una asistencia superior a los

dos mil niños, debimos realizar la actividad sin sonido: triunfó nuestra actitud y los niños participaron de la mejor manera posible). Aunque en estas ocasiones nos vimos enfrentados a situaciones totalmente adversas, nuestra actitud nunca fue negativa; al contrario, era la oportunidad para demostrar nuestra capacidad de superación, para enfrentar el reto. Cumplir el objetivo, era nuestro propósito, y éste se logró.

No existen excusas para lograr nuestras metas y obtener nuestros sueños. La clase de oro, ser visto por nuestros niños como un verdadero maestro, tener éxito y lograr nuestros propósitos, crear en cada espacio y en nuestra aula un momento mágico, no depende de factores externos ni de esfuerzos titánicos. Todo se resume en sencillos actos de nuestro ser interior: dar la mano, saludar a cada niño en forma personal, preocuparnos por su vida. El primer paso en cualquier proceso no se relaciona con lo externo, se relaciona con nosotros mismos. ¿Por qué no pensamos como niños? ¿Por qué no confiamos en nuestra mente y nuestro instinto? ¿Por qué no nos arriesgamos a alterar nuestros programas? ¿Por qué no damos libertad en nuestras clases y permitimos que, como observadores, sean los niños los que determinen el proceso?

## **Cómo desarrollar una clase de música**

Murray Shaffer, compositor y pedagogo canadiense, nos cuenta una de sus experiencias: *“Cada vez que voy a iniciar una clase de instrumento, llamo a mis estudiantes y me entrevisto con ellos. Antes de hablar del piano o del violín, hablamos de la vida, de los sueños, de los deseos, de papá, de mamá, de los juguetes, de las mascotas, de los programas de televisión favoritos, de los comics, de los juegos por computador. Cuando entablamos una buena relación y nos empezamos a conocer, los invito a su primera*

*clase. ¿Qué podemos hacer en una primera clase? Mi propuesta puede cambiar, dependiendo de mi estudiante. Sin embargo, casi siempre es lo mismo: conoce tu instrumento, experimenta con él, disfruta de todo lo que él te brinda, dale la oportunidad de que te cuente sus secretos, todo eso que siempre ha estado en él pero que nadie ha logrado descubrir. Después de dos horas, entrevisto a mis alumnos: ¿Qué descubriste?, ¿qué secretos te contó?, ¿te gusta lo que viste?, ¿qué tipo de música te encantaría interpretar con tu instrumento?”*

Los sueños y la pasión por lo que hacemos son el mayor motivo del éxito. No importa, como mencionábamos inicialmente cuánto me esfuerce en la técnica y la forma, mientras mi pasión y mi deseo se encuentren apagados. Debemos olvidar los esquemas, romper las formas y plantear nuevas ideas. Debemos dar la oportunidad a lo que jamás habríamos pensado. Donde existe nuestro mayor miedo, nuestro mayor temor, nuestra mayor insatisfacción, allí puede estar la respuesta. “Jamás haría mi clase en la calle. Jamás permitiré que mis estudiantes hablen en clase. Nunca dejaré de escribir letra a letra, y palabra por palabra mis escritos en clase”. Romper con nuestros conceptos, aquellos que nos acompañan desde nuestro nacimiento y que nos refuerzan día a día es, posiblemente, la clave del éxito.

En la orquesta contamos con un programa adicional a los Conciertos Didácticos y los Conciertos en Localidades: Ensayos Abiertos. En ellos se invita a los colegios y las escuelas. Sin embargo, el esquema, dadas las características de montaje de una obra clásica en una orquesta de tipo sinfónico, hace de ésta una actividad muy formal. En una ocasión, hace algunos años la Fundación Niños Diferentes pidió participar en uno de estos ensayos. Teniendo en cuenta las características del ensayo,

inicialmente se sugirió que no nos acompañaran. Por una casualidad los niños de la fundación llegaron a la orquesta: eran más de treinta. Niños con parálisis, síndrome de Down, autistas. La actitud inicial de la orquesta y su director fue no tocar en estas circunstancias. Existía mucho temor, especialmente por la obra que ese día se iba a ensayar: era bastante compleja y requería de un gran silencio por parte del auditorio. Cuando el maestro vio al auditorio y observó a los niños, rompió el esquema: emocionado, inició el ensayo. Dentro de la historia de los ensayos y presentaciones de la orquesta, éste fue uno de los momentos más emotivos y fascinantes. Pocas veces la orquesta había contado con un público más espectacular. Al iniciar la música se hizo el silencio, y todos los niños se compenetraron con la orquesta. Era fascinante ver el cambio en sus rostros y observar cómo con su cuerpo trataban de seguir la música. Al final, la mayoría de los músicos y el director estaban llorando. Al acercarnos a uno de los niños con parálisis y preguntarle cómo le había parecido el ensayo, con un profundo esfuerzo su rostro se comenzó a transformar. Se dibujó una gran sonrisa en su cara y comenzó a llorar. El mejor regalo que recibí, que recibió la Orquesta, que recibieron los niños esa semana, fue el resultado de haber cambiado el esquema. Lo ocurrido en ese espacio fue una demostración de que los hechos, lo que pensamos estable y permanente, está más directamente asociado con la muerte que con la vida.

Así, todas las semanas en la orquesta, con veinticinco grupos de cámara, nos dirigimos a diferentes públicos infantiles, por toda la ciudad. Nuestro pensamiento se centra en: ¿cuál será el milagro hoy? ¿Qué nueva experiencia o acontecimiento nos espera? ¿Qué niño tomará hoy la decisión de estudiar un instrumento musical, decisión que el día de mañana lo convertirá, tal vez, en el director o el concertino de esta orquesta en el año 2020?



Nuestra actividad está llena de sueños, deseos y milagros. ¿Dónde se inició esto? En el cambio de nuestra actitud, el cual motivó el replanteamiento de los esquemas de un concierto, y llevó nuestra mirada al pensamiento de grandes pedagogos como Murray Shaffer, Howard Gardner, Gilles Deleuze, y nos permitió no sentir pánico al cambiar las estructuras de tiempo en una presentación, a replantear por completo los programas musicales, a involucrar a los niños con los instrumentos y a permitirles tener la experiencia de jugar a ser director. Fue este cambio de actitud el que nos permitió nuevamente ser niños, ver la vida con los ojos de la inocencia y la curiosidad, deleitarnos con cada nuevo descubrimiento, maravillarnos ante lo desconocido, no tener miedo de los pasos no recorridos ni sentir temor de la aventura de la vida. En definitiva, de esto hemos hablado todo este tiempo: ¿qué es estar vivos? Repetir, y repetir y repetir... o innovar, arriesgar, alterar y replantear...

Ser maestro es involucrar nuestra vida con la de nuestros alumnos. Es estar presentes en cada instante, es asumir cada actividad con responsabilidad y con compromiso, una palabra que involucra muchos más aspectos que sencillamente los de repetir un discurso. Por el tiempo que sea necesario, es asumir el papel de padres, hijos, amigos, compinches, hermanos y abuelos. Cuando nuestro corazón se liga a cada uno de ellos y trasciende al normal papel de la ausencia en el aula de clase, lo empezamos a lograr. No existen modelos únicos, ni tampoco respuestas específicas o milagrosas. Cada niño es diferente, cada aula es diferente, cada proceso es diferente. Por esto, lo único que nos sostiene es el deseo de encontrar el camino, confiando plenamente en nosotros mismos como protagonistas de los acontecimientos, en nuestros niños,

haciendo uso de todas las herramientas posibles, rompiendo los esquemas tradicionales, en volver a ser niños y entender que la vida solamente es válida cuando realizamos nuestros deseos.

¿Qué estamos perdiendo? ¿Qué no estamos disfrutando al vivir de esta forma? Hemos perdido el sentido de la vida, la llama incandescente del tiempo. Hemos olvidado que la vida es un don y un milagro, hemos olvidado la trascendencia de ser maestros, de tener el poder de cambiar no sólo nuestra vida, sino también la vida de los demás.

¿Qué esperamos para hacer el cambio?, ¿qué esperamos para dar el paso y crear el milagro en cada carita, cada mente, cada ser con el que cada día nos encontramos? ¿Esperamos, como un tal Bernabé Bernal, a que alguien nos ponga un revólver en la sien y nos diga que moriremos para dejar salir nuestros deseos y así, por primera vez, plantear nuestros sueños y anhelos en la vida? ¿O aceptamos la dinámica de la vida siguiendo el ejemplo de Amelia Earhart, la primera mujer que no sintió miedo a volar, que no sintió miedo realizar su mayor sueño y hacer de cada día una nueva aventura?

No necesitamos de alas, aviones, montañas o submarinos para vivir la aventura. Ésta dependerá del cambio, el cual sólo llegará cuando entendamos que el poder está en cada uno de nosotros y no en los demás.

*“Los sueños siempre serán sueños, hasta que un día tomemos la decisión de convertirlos en realidad”.*